

ANIMALES DE CUENTO

Beth se mira por quinta vez en el espejo. Se ve sencilla pero radiante. Su disfraz para la fiesta es perfecto, solo espera que el de Bobby esté a la altura. No le conoce mucho. Es nuevo en el barrio y en el instituto. Al llegar le sentaron a su lado y en cuanto se enteró de la fiesta de disfraces de cuento que organizaba Edward en su casa por su cumpleaños, la invitó. Más que emocionada está inquieta. No le conoce lo suficiente como para hacerse una idea realista de qué tipo de chico es. Siempre -tres semanas- le ha visto con esa ropa deportiva que todos ellos llevan a diario y tiene verdadero pavor a verse ridículamente acompañada por un fantoche recién llegado, váyase usted a saber disfrazado de qué.

Por sexta vez recorre el camino de la ventana al espejo. Le sudan las manos. Esboza una sonrisa de selfie y se atusa el pelo. El coche permanece en la puerta. Lo conoce. Desde el primer día, Bob conduce ese precioso Mustang del 68. Un clásico que le regaló su padre hace pocos meses y que despierta admiración. Trata de elaborar mentalmente una lista de indicios que le lleven a formarse una opinión, lo más objetiva posible, de su personalidad, pero solo le vienen a la mente sus labios carnosos, su pelo rubio, sus ojos verdes, sus músculos bronceados... sus gafas de pasta. Suspira profundamente. Mira a la calle una vez más. Sigue sin bajarse del coche. No tiene ni idea de qué va vestido. Se arrepiente de no haberle preguntado. Duda, una vez más, de si bajar o no.

Elisabeth se pierde en el recuerdo de Thomas Jr., de la cara que se le quedó cuando le dijo que había aceptado la invitación de Bobby para ir a la fiesta de disfraces tematizada. Ella sentía que ya no le quería como antes y que ser una buena anfitriona con los recién llegados a la ciudad, justificaba aquel imprevisto cambio de opinión (y de pareja). No, no le preocupaba Tommy; lo que la tenía tan agobiada era fruto de su imaginación. Podría ser un buen príncipe, pero todos sabían que Ed había elegido ese disfraz y no creía que quisiera rivalizar con él en ese aspecto. De Sombrero Loco, no lo veía. No le pega nada uno de enanito leñador o zapatero. “Dios mío -pensó aterrada- ¿qué animal habrá escogido?”. Sonó el claxon. Treinta y siete minutos de retraso. Baja corriendo. Abre la puerta del auto. Ella va de Ratita Presumida y Robert de Ratón Pérez. Sonrisa. Final feliz.

José A. Secas

LA PERSISTENCIA EN LA ESPERA

Casi nadie se acordaba ya de la pandemia del año dos mil veinte. Muchas personas se marcharon por causa del virus y, a pesar de un pequeño repunte posterior bien controlado desde su inicio, las vacunas que surgieron acabaron con su presencia.

David y Sara habían mantenido una fuerte y feliz relación durante años. Al atardecer, tras el trabajo, él iba a buscarla todos los días a su apartamento y ambos escenificaban un sencillo ritual que no dejaban de desarrollar ningún día. David llegaba con su coche a la puerta y tocaba el claxon brevemente. Sara miraba por la ventana, después bajaba y ambos se marchaban al centro a pasar la tarde y compartir la pasión que los envolvía.

Tras la forzada separación, él continuó haciéndolo. Paraba cada jornada en el mismo punto, ahora no daba aviso sonoro, abría la puerta y, cuando un suave roce en los labios se lo indicaba y esta se cerraba sola, se marchaba por el camino habitual.

Ni la terrible enfermedad había conseguido acabar con el amor imborrable que les abrazaba.

Vicente Rodríguez Lázaro

LA ESPERA

La cita estaba programada con un mes de antelación. Una cita a ciegas es un cajón de sorpresas, pero por la ventana de su habitación pudo apreciar que era un hombre joven el que estaba sentado al volante, y al menos en eso, no había mentido. En cuanto a su personalidad, y si coincidía o no con los mensajes que se habían escrito, y las palabras que se habían dicho... tendría que esperar a que en el reloj de pared apareciera el cuco anunciado las diez en punto. Entonces, saldría de dudas.

Pilar Alcántara

LA ESPERA

Acaban de dar las cinco de la tarde en el reloj de la torre de la iglesia cercana. Una calma de siesta y chicharra inunda la calle desértica. Sólo un Ford Focus rojo permanece allí anclado, mordiendo levemente la acera. Dentro del coche una joven embutida en un atuendo veraniego, gafas de sol vintage y pañuelo multicolor sujetando los rizos de su pelo negro, golpea con pequeños toques nerviosos el volante del utilitario. No para de ojear con ansiedad su reloj de pulsera mientras mira hacia el balcón de la fachada marcada con el número 5.

Detrás de los visillos de aquel balcón, otra mujer contempla la escena fumando nerviosamente un cigarrillo. A su lado una maleta cerrada permanece a la espera.

La mujer que mira a través de los visillos esboza una leve sonrisa mientras repite con decisión: “¡Será ahora, o nunca!”. Gira sobre sus talones, agarra con mano firme su ligero equipaje, y se dirige hacia la salida decidida a decir adiós a aquellas cuatro paredes. Abre su bolso y extrae un sobre que deposita sobre la mesita del recibidor. Después introduce la llave en la cerradura y cierra la puerta que nunca más quiere volver a atravesar.

Cuando en el reloj de la torre de la iglesia dan las cinco y media, el Ford Focus rojo rompe el silencio de la tarde y se aleja calle arriba dejando tras de sí un reguero de miradas indiscretas.

María J. Llanos

EL VIAJE

Todo está dispuesto, la casa limpia y recogida. Las persianas a medio bajar. Que no se note la ausencia de los dueños.

La maleta junto a la puerta, y también el equipaje de mano.

Ana vuelve una y otra vez sobre sus pasos. El bolso, el dinero, el pasaporte...

Su vida va a cambiar con este viaje. TODO se va a decidir en unos días, pero ya sabe que cuando vuelva no será la misma persona.

Se asoma a la ventana y ve que hay un coche aparcado junto a la puerta y el conductor, con la ventanilla bajada fuma, esperando con paciencia.

Mira a lo lejos y ve el perfil de las casas que siempre han estado ahí, y en las que nunca ha reparado.

Quiere llevarse todos los recuerdos, todos los aromas, todos los colores de la tarde, con los geranios reverberantes en sus macetas.

Un suspiro y se desvanece como el humo todo su pasado.

Se marcha, y ya no hay vuelta atrás. Sus ilusiones y esperanzas van con ella.

Coge con firmeza su bolso, su maleta, y sale a la calle, erguida, con los hombros levantados, mirando al mundo de tú a tú.

Se dirige con paso resuelto hacia el coche. El conductor sale solícito a por su maleta.

—¿A dónde vamos?

—Al aeropuerto, terminal T4—, le dice al taxista.

Concha Ibáñez Montero

LA ESPERA

María es un manojo de nervios. Va de la cocina al baño, se mira al espejo, vuelve a salir y se para delante del ventanal del salón.

Es consciente de que él está allí, resguardado de la lluvia dentro de su Passat rojo. No puede distinguir con claridad sus rasgos y eso la inquieta.

—Me gustaría ver su gesto antes de decidirme—, murmura para sus adentros.

Ha contactado con Miguel en una página de citas a través de internet. Después de varias conversaciones, conexiones a horas concertadas, siempre con la premisa de que no haya cámara en medio, ha llegado el momento de "ponerse cara" y se le plantean mil cuestiones:

—¿Será buena gente? ¡Mira que si es un desaprensivo y me hace daño! ¿Cómo voy a arriesgarme a subir en el coche con un desconocido?

Todo son dudas y le produce malestar no poder controlar la situación. Ella que necesita tener su vida totalmente cuadrículada.

No lo piensa dos veces. Marca el número de móvil que le facilitó en la última conversación:

—Hola Miguel. Te veo desde la ventana. ¿Qué te parece si quedamos en el bar de la esquina? Es coqueto y tranquilo. Podremos hablar sin interrupciones. En cinco minutos estoy ahí.

Al otro lado de la línea, Miguel suelta un OK.

Maribel González

ÉXITO

Sueño despierta.

Tras mi ventana miro las nubes pasar y, con ellas, van pasando cada una de las escenas de la representación de nuestra obra de teatro.

A pesar de mi edad, anoche fue la primera vez que me subí a un escenario; me sentí como si fuera una verdadera actriz. Y, al final.... Los aplausos ¡Qué subidón! ¡Qué fantástico!

Bajo la mirada y cambio mi papel. Me siento detective, intento adivinar qué hacen esos dos tipos metidos en el coche aparcado junto a la acera de enfrente. Llevan ahí toda la mañana.

A mí no me engañan. Tienen pinta de policías. Seguro que están al acecho de algún delincuente. Yo no he oído que estos días haya habido en el barrio robos, ni peleas. Pero nunca se sabe, seguro que hay por aquí algún sospechoso. A ver si me entero de algo ahora, cuando vaya a la panadería.

Salgo del portal y, de repente, los hombres salen del coche. Uno no para de hacerme fotos con su cámara, el otro me pone el micrófono delante de la boca...

¡Soy famosa!

María Lázaro

Estimado Carlos:

Esto tenía que pasar. No puedes fingir que te pilla por sorpresa: con el paso del tiempo, nos hemos convertido en completos desconocidos. Tampoco puedes echarme nada en cara: hace una década que olvidaste que tienes una esposa. Y tú ya no eres un marido, Carlos, eres una extensión de ese horrible sillón de rafia pesada que nos endosó tu madre hace cuarenta años, en el que te pasas los días, con una cerveza en una mano y el mando de la tele en la otra. Con Joaquín no es igual. Me acompaña a la iglesia los domingos dando un paseo y me lleva a bailar pasodobles y boleros dos veces por semana, aunque dudo que hayas notado mis ausencias. Está afuera esperando con el coche cargado.

Voy a serte sincera: no ha sido una decisión difícil. No te pido que me perdones; a fin de cuentas, tú siempre te limitas a darme la razón. Colgaré esta nota en la nevera porque supongo que no te darás cuenta de que me he ido hasta que vayas a buscar tu cena. Te dejo en la olla unas lentejas, a palo seco, porque no quedaban costillas en la carnicería.

Adiós, Carlos.

PD: me he llevado los tupperes buenos, que no son fáciles de encontrar y tú no los vas a echar en falta.

Princesa de Biblioteca

ESA SONRISA

El enorme reloj de pared dio las doce, sus sonoras campanadas se extendieron por la casa silenciosa, colándose por las rendijas de las puertas y danzando en el aire. Una mujer joven bebía café en la cocina, estaba radiante, se sentía muy dichosa, a pesar de que el día anterior había resultado fatídico para su familia. Ella estaba en paz, sin remordimiento alguno.

Avanzó hasta la ventana de la cocina mientras removía su café cargado, subió un poco la persiana y lo vio a él, apoyado en el capó de un coche con cortinas, con actitud indiferente y las manos en los bolsillos. La sonrisa de la mujer aumentó hasta parecerse más a una mueca extraña y burlesca.

Ella miró una vez más a su novio y al coche antes de volverse hacía la cocina, sintió que las puntas de sus dedos hormigueaban por la emoción de lo que iba a suceder esa misma tarde. Pues sería la primera vez que haría algo así, algo que su difunta madre habría considerado indecoroso.

Dejó la taza de café, ya frío, en la encimera, cogió una mochila en la cual llevaba todo lo que necesitaba y suspiró, para después sonreír de nuevo, con esa expresión siniestra que hacía que sus ojos se achicasen. Ya era hora, no podría retrasarlo más o el olor comenzaría a ser insoportable.

Se montó en el coche con cortinas después de darle un beso a su novio, miró hacía los asientos traseros ocultos en la penumbra; en ellos, el cadáver de su madre esperaba pacientemente ser enterrado por unas manos que conocía demasiado bien.

Marta López Castaño.

EL ADIÓS

Había llegado la hora y el cristal se puso a disparar balas de recuerdos. Le había pedido cinco minutos. Pensé que eran los que necesitaba para despedirme de aquella casa donde se había tejido mi vida, pero esos cinco minutos, aunque últimamente mis días vagaban sin rumbo, entonces me supieron a poco.

Ella me esperaba abajo con su bata blanca. Consultaba intranquila el reloj. Tal vez, su tiempo también chocaba con la ventanilla del coche y los segundos se propagaban insistentes e iracundos por el habitáculo. Me reclamaba con la mirada que bajara, que dejara de demorar el momento. Sabía que la despedida nunca dejaría de dolerme.

Tanteé el vaso de agua fría sobre la mesa y vacié el bote de pastillas. Ya era agua templada. Me pareció que sonaba, como procedente de otro mundo, el claxon de un coche.

Soledad García Garrido

ILUSIÓN PERDIDA

Adela se sienta en el comedor, detrás de las puertas del balcón. Observa que, en la calle, frente a su casa, hay un coche aparcado, con una persona dentro. Le llama la atención que su mirada se dirige hacia donde ella se encuentra.

De pronto reconoce a Javier y su corazón late fuertemente.

Le ve envejecido, su pelo plateado.

Ha pasado mucho tiempo desde que sus cuerpos recorrieron el salón de baile. Cuando de pronto la luminosidad de la mañana se marchó. Vinieron las tinieblas punzantes y las noches amargas de soledad. Tuvo que retroceder y empezar de nuevo.

— Hasta mañana.

Fueron sus últimas palabras, que bullen en su mente triste y sombría.

¡Es tarde! ¡Desde aquel encuentro ha sufrido tanto! Su vida ha girado en torno a la espera.

El fuego está hecho cenizas, las que no quiere remover.

Joaquina Campón.

ATRÁS QUEDARÁ LA CASA

Cuando la mujer salga, atrás quedará la casa con sus muros impregnados de historias, las voces fantasmales de los chiquillos retumbando en las habitaciones ahora cerradas, el borboteo incansable del puchero diario en la cocina, las soleadas tardes de primaveras inabarcables, las esperanzas bordadas con sangre en las cortinas, las confidencias impudicamente desnudas con el paso de los años, el torrente limpio de las sonrisas que todavía fluye cada otoño en el patio junto al naranjo, el sabor del pan con chocolate a la hora de la merienda, las agujas de ganchillo con las que tejía los cumpleaños y las fiestas de guardar, la insolente luz atravesando las cortinas en las mañanas de cuaresma, el inefable aroma del café portugués de contrabando, la pandereta perdida un día de San Silvestre, las macetas que regó con sus lágrimas la madrugada que murió el abuelo, el color sepia de las fotografías familiares como teselas mágicas sobre el mueble del salón, el rosario de cuentas pulidas de tanto rezo junto al escapulario de la Inmaculada, el calor del brasero de picón en la estancia desde la que ahora observa a su nieta, la mayor de todas y su favorita, que la espera en el coche para llevarla lejos de allí.

Víctor M. Jiménez Andrada

... Lo dije... mira que lo dije alto y claro... pero nadie me hizo caso... esa situación es insostenible... ya no sé cómo enfrentarme a ella... estoy sola... y ahora, encima, tengo el teléfono sobre la mesa de la cocina, si voy a por él me va a ver... pero claro, ¿a quién llamo si nadie me cree?... Estoy nerviosa... eso va a acabar conmigo... ¿y si salgo corriendo como una loca, gritando, y me tiro sobre el capó?, en seguida vendrá gente y entonces podré protegerme y escapar... pero seguro que alguien me habrá visto tirarme y me tratarán de loca... ¡no puedo más!... pero ¿por qué a mí?... ¡si no soy nadie!... bueno, nadie, nadie, tampoco, ¡que llegar a ser la directora de la escuela no ha sido un camino regalado!... ¡pero a quién le importa una directora de una escuela que no vale nada!... bueno, nada, nada, tampoco, que estoy muy orgullosa del plan de estudios que instauré cuando era la responsable pedagógica y marqué toda una serie de criterios... y a todo el mundo le encantaron... bueno, a todo el mundo, todo el mundo, tampoco, que al de gimnasia le pareció una mierda... y digo yo, que qué le importará al profesor de gimnasia la línea pedagógica de la escuela, al fin y al cabo no es más que un profesor de una asignatura que no tiene más... bueno, que no tiene, que no tiene, tampoco, porque la gimnasia va muy bien para complementar la energía mental... lo puse en mi plan de estudios... bffff, ¡qué lío!...(niña, céntrate, el tema no es la escuela, te estás desviando)... ¡pero esa persona, en ese coche de ahí fuera, me tiene de los nervios!... (¿qué quieres?... ¡déjame en paz!) ... y la verdad es que en el fondo no tiene cara de mala persona... bueno, mala persona, mala persona, a ver, ¿qué es ser mala persona?... soy yo la que estoy nerviosa, esa persona está tranquilísima haciendo su encargo... pero claro, yo, yo, tenía que ser a mí, ¿no?... voy a gritar, no puedo más... ¡ah!, se acerca... estoy perdida, eso es el final... estoy paralizada, ¡¡¡voy a moriiiiiiiiiiiiir!!!...

—Señora, si no le importa, tengo otro servicio comprometido después de usted y me interesaría que nos fuéramos para el aeropuerto ya... ¿tiene maletas?... ¿me permite?...

¿¡Otro servicio!?... lo hace todo en cadena, ¡como en las pelis!... ¿qué perfil de víctimas debe seguir?...

—Señora, ¿me ha oído?... ¡tengo prisa!...

—... ¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!... ¡déjeme en paz!... ¡suélteme!...

—¡Si no le estoy haciendo nada!... ¡sólo quiero ayudarla!...

—¡¡¡Suéltemeeeeeeeee!!!... (caray, ¡qué guapo es el tío!) ... bueno, suélteme, suélteme, ¿¡qué quiere que le diga yo ahora!?...

Jordi Fornos Vicens

EL RECUERDO

Observaba desde la ventana la figura del hombre que la esperaba en el coche y, sin pensarlo dos veces, se volvió hacia el espejo y, de pronto, allí estaba la joven que fue hace tantos años.

Le dio un vuelco el estómago y respirando profundamente se retocó el pelo, giró sobre sí misma echándose un último vistazo y salió corriendo escaleras abajo, no quería hacerle esperar.

Salió a la calle y Luis se había bajado del coche para recibirla, tan guapo y sonriente, con una pequeña cajita en la mano. Se acercó a él mientras la abría dejando ver una flor preciosa, a juego con la que llevaba en la solapa, le ayudó a ponérsela en la muñeca y mirándose a los ojos se besaron eternamente.

Aquel baile de graduación fue el comienzo...

Mon FG

HACIENDO LA TAREA

Mirando por la ventana, Ana llevaba esperándole más de diez minutos. Y mientras lo hacía, había estado anotando toda la vida que transcurría en la calle: al vecino apresurado acoplándose a su moto, al ruido estridente de la persiana metálica de la panadería, al balcón de enfrente con los geranios secos, la bulla de los adolescentes y, al final, la llegada apresurada de su hermano que venía a buscarla, aparcando el coche en doble fila, a sabiendas de que ella estaría haciendo el ejercicio de observación que él le había encargado. Ana se estaba entrenando en el trabajo de investigación privada y su maestro era sin duda el mejor detective de la ciudad.

Pilar L. Puig

LA ESPERA

En un momento despiertas y nada es lo que parece.

Mi paso por la UCI fue terrible, nadie apostaba por mi vida después de la paliza tan brutal que me llevó a estar un tiempo en silla de ruedas, no sería la última vez que volvería a ella.

Las malas compañías me arrastraron a un infierno del que es complicado salir; pero yo lo hice. Eso me ha llevado a ser una testigo muy valiosa. He estado casi medio año protegida día y noche, sin familia, sin llamadas; mañana por fin, declararé en el juicio contra el *Jefe*.

No puedo dormir, lo confieso, estoy muy asustada y no sé cómo acabará todo esto.

Hoy es el día, escondida tras las cortinas de mi ventana veo llegar a uno de mis guardianes en el coche que me llevará; fumo sin parar y mi corazón late tan deprisa que se me va a salir.

El aire fresco roza mi cara mientras me voy acercando al vehículo, él me sonrío al verme tan fuerte y decidida.

Una vez en el coche, avanzamos por calles secundarias para no llamar la atención.

Nadie se ha fijado en la furgoneta negra que está mal aparcada. Hay una gran explosión cuando circulamos junto a ella.

La venganza se ha hecho efectiva.

Ahora, desde aquí arriba, las cosas se ven de manera distinta.

María S. Durán Bravo